

de comercio fueron los únicos señores del Oriente, y casi del Occidente, donde aparentando servirnos se llevaban nuestros tesoros á los Bancos de Amsterdam: y un día que un monarca de Inglaterra quiso también ser económico, el Almirante holandés Van Ruyter subió el Támesis y llegó hasta Londres para demostrarle á la luz de los incendios, la importancia del error. Pero lo que sirvió de sana lección á los ingleses, fué olvidado por los vencedores; y las escuadras holandesas, faltas de todo, dejaron á salvo su honor merced á su sacrificio: pero no así el de su pueblo, que, como todos los que abandonen el dominio del mar, no merecen otros sentimientos que los que inspiran en lo individual los imbéciles ó los suicidas.

Ligada está nuestra historia con el necesario dominio del mar, que casi nunca tuvimos, pues jamás España ha querido comprender que lo menos importante es construir los buques de que se han de componer las escuadras; y que lo más difícil y lo más caro es sostenerlas y dotarlas de todos los elementos necesarios; pues careciendo nuestros buques muchas veces hasta de víveres, de proyectiles y hasta de marineros: un puñado de españoles supo cubrir de gloria su inútil sacrificio; mientras que los políticos, cegados por la atmósfera de absurda capitalidad de una gran nación que en ser marítima estribaba su grandeza, no vieron que si era nuestra la mayor parte de la tierra, de haber sido nuestro también el mar, hubiera sido uno solo el imperio sin solución de continuidad; mientras que abandonando el mar como lo hicimos, dejamos aquel imperio partido en pedazos, que el mismo aislamiento había de acosumbrar á la separación; faltando solamente que soplaste ligera brisa de contrariedad para que lo perdiéramos sin remedio.

No es de hoy, sino es y será ley eterna que el que domine el mar será señor del mundo: y así el mundo fué de Cartago mientras dominó el mar y no pasó por completo á Roma hasta que las flotas de su rival no desaparecieron de la superficie: y mientras Aníbal consumía la mitad de su ejército en cruzar los Alpes, le esperaban al pié de ellos las legiones romanas, que en su persecución fueron por el dominio del mar de Italia á España y de la tarraconense á la Galia cisalpina sin perder un hombre. Hoy mismo en Grecia, sólo tres buques buenos y á pesar de la imponente escuadra enemiga, dominando de hecho el mar, han impedido que fueran atacadas las islas: han hecho imposible que fueran hostilizadas las costas de Morea y con ello, teniendo que llamar tropas para su defensa, que se debilitasen más las ya escasas fuerzas que defendían su frontera; y por último esos tres buques griegos han impedido que la escuadra otomana diera la mano á su ejército y con ello completaran los turcos su rápida y feliz campaña. Tampoco son pocas las quejas de los helenos contra su Escuadra, pues esperaban de ella lo imposible; olvidando que no son gran puñado tres barcos solos: pero la luz se hará y se verá que esos tres barquitos, que así se deben calificar, son los que en medio de la desgracia han salvado á Grecia de un cataclismo general.

Si fuimos un día señores del mar, casi por casualidad y por el esfuerzo personal de unos cuantos hombres eminentes, fué sin conciencia del pueblo y menos de los gobiernos; y, sin embargo, á pesar de que la idiosincrasia de nuestra raza nos aleje de ello, ayer como hoy y hoy como mañana, el mar es nuestra esperanza de salvación. Nuestras costas, las Baleares, las Canarias, Portugal el día que pueda sacudir su esclavitud y venir á sus hermanos, el Estrecho, en fin, cuanto nos queda en el porvenir; todo está en la mar, donde, como no hay montes, ni obstáculos naturales, aún más que en tierra dominarán siempre la justicia, la armonía y la razón de.... el más fuerte.

Victor A. Concas

Los pueblos se enaltecen tanto más cuanto más honran la memoria de sus héroes, que tuvieron la fortuna de dar á la patria días gloriosos, escribiendo con caracteres de sangre páginas indelebles en el eterno libro de la Historia. ¡Desgraciado el pueblo que tan nobles deberes olvida! La página que deja en blanco su desdén, escríbela fatalmente la adversidad.

El pueblo tinerfeño que jamás ha desmayado en la desgracia, más bien se ha crecido ante ella; ese pueblo que ha dado siempre muestras de una constancia tan prodigiosa como su virilidad; ese pueblo que en el período de un siglo fué víctima de una infame sorpresa de conquista por la nación marítima más poderosa de la tierra; ese pueblo que se ha visto asolado por aterradoras epidemias, que ha visto aniquilada su riqueza agrícola restaurada más tarde con la fé, la constancia y el trabajo; ese pueblo que tan rudas pruebas ha sufrido y de las que siempre supo salir triunfante y victorioso, es un pueblo que merece el respeto universal y ser envidiado de aquellos que no tuvieron la fortuna de nacer en él.

Pueblo que tales timbres ostenta, no puede olvidar que el 25 de Julio de 1897 conmemora el centenario de la página más gloriosa de su historia y á celebrarlo se prepara con inusitada pompa.

¡Bien haya esta generación que sabe honrar de tal modo la memoria de sus mártires!